

y, en fin:

En la dictadura lo esencial no es el régimen sino el hombre que la encarna (pág. 180).

Lo cual tiene mucha más importancia de la que parece. El dictador, como hombre de iniciativa que es, anula a los demás hombres de su país e impide que haya la constante promoción de apasionados de la cosa pública que se observa en los países en que hay juego legítimo de las instituciones y el gobierno es cosa a que pueden aspirar los que se sienten con ánimo e iniciativas para ello. El señor Cambó prueba en forma espléndida esta aserción con el ejemplo de la dictadura de Porfirio Díaz en México. Díaz fué presidente durante más de treinta años, y al dejar el poder en 1911 no sólo no había en su patria persona alguna capacitada para reemplazarlo, sino que se notaba tal ausencia de espíritu cívico y constitucional que se inició la larga lucha civil que se ha prolongado hasta ahora— ¡por dieciocho años!—con toda clase de sangrientas alternativas.

En su conclusión, el señor Cambó dice:

De las dictaduras que hoy existen en Europa hay tres cuya continuación durante algunos años todavía me parece de universal interés. Son las de Rusia Turquía e Italia, que encarnan tres revoluciones trascendentales y que no han llegado todavía al término de su evolución para que la humanidad pueda sacar de ellas una lección definitiva (pág. 221).

El libro de Cambó se cierra con una impresión optimista. Lo ha escrito un hombre que tiene fe en los destinos del hombre y que pone por encima

de todo su credo liberal. La actual etapa de dictaduras le parece transitoria, para bien de la cultura humana, y cree que después de ella ha de venir una era de amplia comprensión de las instituciones democráticas en que se corrijan los defectos clásicos de ellas pero en que el hombre disfrute de consideraciones por el simple hecho de ser hombre, es decir, miembro de una colectividad racional y progresiva.—
R. Silva Castro.

LOS YANQUIS EN SANTO DOMINGO, por
Max Henríquez Ureña.

He aquí un libro que hacía falta pero cuya inutilidad me parece perfecta. Hacía falta porque toda la luz que se arroje sobre los incalificables procederes de los Estados Unidos en sus relaciones con los países americanos de habla española, y especialmente con los del Mar Caribe, es poca. El señor Henríquez Ureña cuenta en este libro lo ocurrido en su desdichada patria en el período más grave de su vida. Para fundamentar sus capítulos de acusación emplea una documentación irrefutable. Hijo del señor Henríquez y Carvajal, que fué Presidente de Santo Domingo en esa hora crítica, ha dispuesto de los archivos de gobierno y hasta de los originales mismos de las notas, proclamas y manifestaciones de toda índole a que dieron lugar los hechos.

Pero la inutilidad de este libro no es menor que su interés y que su importancia histórica. La situación existente entre los países hispano-parlantes y los Estados Unidos continúa la misma. Los primeros piden dinero

prestado a la Unión. La Unión presta sin protestar, presta con gusto, presta mientras la capacidad de los paisejos soporta. En cuanto el límite ha sido tocado, la Unión establece, en cualquier forma—pacífica unas veces, violenta las otras—, el control sobre las rentas. Un interventor de las aduanas o un receptor general se hace cargo de las fuentes de ingreso y procede a pagar antes que a nadie a los acreedores de Wall Street. En el convenio por el cual se acuerda el establecimiento de la intervención se dejan algunas cláusulas de fácil interpretación para derivaciones posteriores. De tal modo un día amanecen cuatro grandes barcos en el puerto principal del paisejo, y desembarca la marinería. Es la ocupación. Tiene malos modales, encarcela, amordaza, flagela, hiere y mata. Pero ¿quién se levanta contra ella si está escudada con cañones de grueso calibre? Una soberanía ha desaparecido, y los Estados Unidos tienen una nueva colonia.

Esta historia es ya majadero repetirla. Es la historia de Cuba, de la zona de Panamá, de Santo Domingo, de Nicaragua. Es la historia de muchos otros países que se van entregando mansamente en brazos de la hidra dorada. Las etapas no se han cumplido todas, claro está, en cada uno de los casos de esos países, pero eso es cuestión de tiempo. Hay países para los cuales el crédito en Wall Street es espléndido, ilimitado. Cada cierto tiempo se vocea que pocos países cuentan con la confianza que ese en los círculos financieros. Bien está. El país pide dinero primero cada año, luego cada tres meses, al fin cada quince días. Wall Street presta y presta

sin chistar. Pero llega el momento en que aquello se detiene bruscamente. Termina la diplomacia untuosa del banquero y comienza la disciplina contundente de la infantería de marina. ¿Cuántos son los países americanos a quienes espera la suerte de Santo Domingo?

Seguramente el señor Henríquez Ureña ha publicado su libro con la candorosa ilusión de que el ejemplo de su pobre país sea mirado con saludable temor por los demás de la hermandad hispano-americana. Vana ilusión. Se leerá mucho, se comentará, pero todo esto en el círculo de los que nada tienen que ver con el manejo de las grandes relaciones exteriores y de los asuntos económicos. Entre los que tienen ese manejo primeramente pocos leen y en segundo término son pocos, entre los que leen, los que entienden.

Lo que no puede leerse sin una protesta en este libro (1) son las palabras humildes con que se hace apelación al espíritu de justicia de los norteamericanos, del cual—se dice—se espera el restablecimiento de la soberanía en Santo Domingo. El señor Henríquez Ureña es un hombre inteligente, al cual no debe serle desconocido el admirable desprecio que el norteamericano—por lo menos el funcionario de ocupación, que parece ser un tipo especial de hombre muy abundante en la Unión—siente por el nativo. El nativo sólo puede ser una cosa: sirviente. ¿No lo sabe eso el señor Hen-

(1) Max Henríquez Ureña: *Los yanquis en Santo Domingo. La verdad de los hechos comprobada por datos y documentos oficiales.*—M. Aguilar, editor. Madrid. 1929.

riquez Ureña? ¿No lo sintió durante los meses de su cometido cerca del invasor? ¿No lo adivinó en cada una de las frases, en cada uno de los hechos del ocupante? La ocupación anula el respeto tradicional por el hombre, que siempre ha parecido distintivo de la raza anglo-sajona. Para la ocupación el hombre necesariamente debe ser rubio, blanco, vestir ropa de serie adquirida en Nueva York, fumar tabaco amarillo, calzar gafas con marco de carey, mascar *gum*. . . . Lo demás no es hombre. Lo demás es carne de ocupación, precisamente.

No, de los Estados Unidos no se puede esperar la liberación. Para impedirlo han establecido los diplomáticos de Wall Street la doctrina de Monroe, y los mesticitos del Sur la han aceptado y la discuten candorosamente, entre banquete y banquete, en las Conferencias Pan Americanas. Mediante esa doctrina Europa no puede intervenir en nada importante que se refiera a América. Es decir, la doctrina Monroe es el seguro que resguarda el porvenir, por lo demás muy exento de riesgos, de la hegemonía yanqui. Si en América hubiese estadistas, su primer cuidado debería ser entablar relaciones con Europa, y sólo con Europa, aún cuando para ello fuese necesario hacer sacrificios. Los Estados Unidos piensan en futuras colonias cuando miran hacia América. Europa está muy arruinada y muy pobre para pensar en colonizar. Como cuña entre los Estados Unidos y Europa, el continente hispano-americano tiene una misión providencial. Pero nadie la ve. Y es que el oro de Wall Street, entre otras cosas, ciega.

Interesante, copioso libro el del se-

ñor Henríquez Ureña. Lástima es que no revele en su autor una clara conciencia del problema actual. Cuenta con animación los hechos de la ocupación, fundamenta bien las acusaciones, levanta una montaña de cargos contra el contundente imperialismo yanqui. Pero nada más. Esperar de los Estados Unidos la desocupación por persuasión me parece más que candoroso: creo que es suicida.—*R. Silva Castro.*

VIAJES

ENTRE BUDISTAS Y BRAHMANES. por
Alejandro Vicuña.

He aquí un libro (1) que se aparta de los clisés corrientes. El lector que esté ya hastiado de la fácil literatura de viajes hará mal si no vence su repugnancia, bien legítima, y no atiende a la incitación de este volumen. Puede parecer un poco extenso (sus páginas se acercan a las cuatrocientas) pero siempre es interesante. Sobre todo no es vulgar. El autor ha partido con el propósito de comprobar *de visu* la leyenda asiática, que levanta un prodigio en cada poblacho y hace un vidente de todo quidam. La decepción es grande:

Nosotros podemos decir—escribe el autor—, como resumen de nuestra excursión por los pueblos asiáticos, que después de visitar el Oriente hemos regresado más occidentales y cristianos que nunca (pág. 10).

(1) *Entre Budistas y Brahmanes.* Santiago. 1929.